



en forma

El ritmo frenético acelera la mente, de por sí juguetona. Muchos no le darían mayor importancia si no fuera porque el estrés que se origina termina por afectar la salud del cuerpo. Tratar los síntomas sin frenar la mente no parece una buena estrategia. Por eso cada vez hay más médicos que recetan dosis de meditación

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

FILOSOFÍA

Estoy preparando un libro de texto de filosofía para niños. ¡Qué barbaridad!, pensará alguno de ustedes. Filosofía parece una palabra tremenda, oscura como un bosque o grande como una montaña. A todas luces excesiva para relacionarla con la infancia. Pero no es así. Los niños son filósofos espontáneos, sin saberlo. La filosofía es un afán ilimitado de conocer, y ellos lo tienen; una curiosidad insaciable, y ellos la tienen. Los griegos, que inventaron la palabra.

sabían lo que hacían. Al conocimiento serio, consolidado, aprendido, bien fundamentado, lo llamaban sofía, que quiere decir sabiduría. A los que solamente buscaban el saber, a los curiosos impenitentes, a los que amaban el pensamiento, a los detectives que seguían las pistas, los llamaron filo-sofos. Son los que hacen preguntas sin parar. ¿Qué es esto? ¿Por qué es así? ¿Por qué digo que es así? ¿Cómo lo sé? Los padres conocen por propia experiencia que los niños a partir de los tres años son interrogadores incansables. Hacen preguntas en cascada, con lo que suelen poner en aprietos a sus progenitores, que responden como pueden. “¿Por qué tienen cuernos los toros?”. “Para defenderse”. “¿Y para qué se defienden?”. “Para sobrevivir si les atacan”. “¿Y para qué quieren sobrevivir?”. “Porque a nadie le gusta morirse”. “¿Y por qué a nadie le gusta morirse?”. Al llegar aquí, lo más probable es que

el padre o la madre se quede perplejo y responda: “Pues porque sí” o algo parecido. Pues bien, el filósofo intenta responder a esas preguntas tan complicadas, tan poco útiles, tan infantiles y tan necesarias. La filosofía es, por lo tanto, la curiosidad llevada a campo abierto. Algo que sintoniza perfectamente con la mente del niño.

Pero, además, la filosofía tiene dos objetivos importantes para el niño (y para el adulto). El primero es aprender a distinguir lo que se sabe de lo que no se sabe; a separar la verdad del capricho, la manía, la mentira o el error. Al niño muy pequeño le cuesta trabajo hacerlo, pero a partir de los cuatro o cinco años comienza a comprender sus diferencias.

**LOS NIÑOS
EN
FILOSOFÍA
PORQUE
TIENEN
AFÁN DE
CONOCER
Y UNA
CURIOSIDAD
INSACIABLE**

El segundo objetivo filosófico es saber lo que es bueno, desarrollar una inteligencia cordial, distinguir lo justo de lo injusto. El primer objetivo les va a permitir que no les engañen; el segundo les va a prohibir engañar.

No sé si se han enterado de que toda la educación en la

Unión Europea va a girar alrededor de ocho competencias básicas. Cinco son muy conocidas: competencias lingüísticas, numéricas, científicas, tecnológicas, culturales. Las tres restantes son novedosas: aprender a aprender, aprender a emprender y aprender a ser buen ciudadano. Creo que falta una, que es la específicamente europea. Me refiero a la filosofía. Reflexiona sobre todas las demás, desarrolla la capacidad de pensar y el espíritu crítico, y sabe justificar los valores morales, cuestiones imprescindibles en una época de credulidad y fanatismo. Por ello, intento promover una campaña para pedir que las autoridades educativas europeas reconozcan esa novena competencia. Ya está abierta la discusión en www.movilizacioneducativa.net. Si quiere puede participar. ■

qué
son
las
cosas

